

hacernos sentir la forma y ver las cosas y las situaciones" (12). La desfamiliarización hace extraño lo familiar al impedir los modos de percibir automáticos y habituales. El también critica ciertas facetas de la versión formalista de la desfamiliarización y la modifica y adapta a su análisis de la obra de García Márquez. Mose se da cuenta de que escribir una obra ya es desfamiliarizar la realidad, y su aplicación incluye una gran variedad de aspectos que ayudan a refundir la "interpretación" de la obra garciamarquiana, especialmente la obra de Mario Vargas Llosa, *García Márquez: historia de un deicidio*. Mose logra profundizar la comprensión de la primera etapa de la carrera de García Márquez, y la parte dedicada a su labor periodística para *El Herald* de Barranquilla (1950-52), demuestra el gran experimentalismo y originalidad de la escritura garciamarquiana. Como dice Mose: "En todo su periodismo hay evidencia de una imaginación única que puede sorprender con su novedad" (57).

En su análisis de *La hojarasca* el Pr. Mose estudia la novela a través del extraño médico francés como el eje de la desfamiliarización. El estudio de *El coronel no tiene quien le escriba* muestra cómo el autor dentro del marco estructural tradicional de la novela, puede combinar un alto grado de originalidad y disciplina artística con la dimensión lúdica que, según Mose, "revela las verdades universales esenciales" (119). De nuevo Mose logra ampliar la desfamiliarización para incluir la política en su análisis de *La mala hora*: "El proceso de la desfamiliarización en *La mala hora* es compatible con el esquema pesimista de la novela latinoamericana de la crítica social y transmite un mensaje político que la reforma gradualista con los mismos dirigentes desacreditados no es posible" (143-44).

El análisis de la desfamiliarización de los cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* y "El mar del tiempo perdido" es acertado y detallado, especialmente porque ciertos cuentos constituyen textos-umbral para el mundo de *Cien años de soledad*. Además, estos cuentos se caracterizan por la copresencia de dos estilos —"la manera elocuente, hiperbólica de acelerado ritmo y la repre-

sentación más oblicua, sencilla y objetiva de la realidad" (145). Aunque su estudio de *Cien años de soledad* cubre territorio crítico ya recorrido muchas veces, el autor logra sintetizar proporcionar una nueva perspectiva sobre la actitud de García Márquez frente a la realidad.

Además de un estudio bien enfocado de la obra garciamarquiana de 1947-1967, el autor abre nuevas perspectivas para el estudio de obras ya canonizadas por la crítica. También incluye una abundancia de notas que ayudan a aclarar varios puntos sin obstaculizar la exposición crítica. El Pr. Mose incluye traducciones en inglés de los pasajes, lo cual facilita el acceso a la obra de García Márquez a un público más grande. El estudio del Pr. Mose ofrece una sólida e importante contribución a la ya masiva obra crítica sobre García Márquez, y arroja luz sobre los primeros escritos, los cuales han sido eclipsados injustamente por las obras posteriores. Por ende, esta obra anuncia una renovación de la crítica porque logra desfamiliarizar ciertas interpretaciones aceptadas de la obra garciamarquiana.

Isaías Peña Gutiérrez

José Eustasio Rivera

Bogotá, Procultura, 1989. Colección Clásicos Colombianos, No. 2, 156 págs.

Gilberto Gómez Ocampo
Wabash College

Este volumen forma parte de la primera serie de la nueva colección "Clásicos Colombianos" lanzada, después de varios proyectos, por la editorial semi-oficial Procultura. La aparición de esta serie no fue muy bien recibida en el país, y entre las cosas que se le criticaron figuran la disonancia entre la intención proyectada para la serie y el producto final. Ese proyecto consistía en realizar

una celebración bibliográfica que volviera a poner en circulación muchos textos clave de la cultura colombiana, en ediciones superlativas de amplia difusión (como, por ejemplo, la "Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana" en los años treinta). Por el contrario, y debido quizá a asuntos de presupuesto, etcétera, la modesta serie aparecida hasta ahora se ha centrado en la edición de pequeñas antologías, con sucintos comentarios, de algunos nombres obvios en la literatura colombiana. La primera observación pragmática a hacer, pues, con relación a este libro, es la de su necesidad: ¿a quién le hace falta otra antología de Rivera?, ¿de Silva?, ¿de García Márquez? No parece entonces que la editorial dosificó bien sus recursos, al llover sobre mojado en un mercado del libro en el que prima la saturación de los autores escogidos.

En el caso particular de *José Eustasio Rivera*, el libro consta de una breve "Crónica de su vida" (doce páginas), seguida de un breve análisis de "Su obra literaria", que en cinco páginas da cuenta de su poesía, mayormente de *Tierra de promisión*, enfatizando la simbiosis entre subjetividad y objetividad en el tratamiento del paisaje tropical y sus valencias líricas. Tres páginas se encargan del teatro riveriano, que consiste exclusivamente en el drama *Juan Gil*, desconocido hasta hace poco. El acápito sobre "La novela" ocupa seis breves páginas, que informan sobre la historia de su composición, "Escrita en dos años y corregida en seis meses, entre Sogamoso, San Fernando de Atabapo, Yavita, Maroa y Neiva" (p. 21). Las siguientes cien páginas recogen una antología de la obra riveriana. La sección de poesía, además de incluir algunos sonetos de *Tierra de promisión*, reproduce también varios poemas juveniles, "románticos e ingenuos", según Peña, y cuya inclusión justifica como importante para "observar la evolución" del escritor. Ejemplo de uno de ellos:

Es verdad: todo se fuga
del tiempo al correr insano,
mas la gorra de Quijano
no tiene ninguna arruga.
Nos dice que fue hecha en Buga...

Después de las cincuenta páginas (es decir, un tercio del libro) que reproducen apartes de *La vorágine*, la obra remata con una breve selección de escritos críticos sobre Rivera, una bibliografía de y sobre el autor (no muy completa, pues quizá el compilador, con buen criterio, se abstuvo de incluir textos no asequibles para el lector colombiano), y una "Cronología" en forma de tabla, muy a imitación de las que cierran los libros de la colección Ayacucho en Venezuela.

No sobra advertir aquí que Isaías Peña, secretario ejecutivo del Año Riveriano, es sin duda persona idónea para compilar esta antología. En particular, su presentación de Rivera está elaborada de una manera elegante ("Ahora estaba sentado en la mecedora, junto al brevo de la mitad del patio, escribiendo las aventuras de Alicia y Arturo Cova..., p. 1) y refleja una amplia información sobre la persona del autor Rivera. Por otro lado, en ocasiones se discierne un cierto aire de orgullo regionalista (tanto Rivera como Peña son de Neiva) y, en general una actitud crítica que se olvida de lo ecuánime en ocasiones, por ejemplo respecto de los enfoques feministas de la literatura, que Peña descalfica consistentemente como "deformación". (Cfr. las páginas 19, 22 y 27). En el primer caso, esa actitud conduce a sobrevalorar la obra de Rivera, a quien llega a comparar con Kafka (p. 17), afirmando —con grave riesgo de credibilidad— que se anticipó a su época, "entregándonos una novela total, visionaria de las futuras corrientes novelísticas de los años sesenta" (p. 24). En el segundo caso, a echar por la borda una vía de aproximación a la literatura, de Rivera o de cualquier otro autor, que puede ser muy productiva. En todo caso, la publicación de esta antología riveriana contribuirá a una difusión aún mayor de la obra del autor de *La vorágine*. Eso sí, sería deseable que los esfuerzos editoriales de Procultura se encaminaran por la vía de autores menos *trillados* y obvios que los hasta ahora vueltos a publicar en su serie de "Clásicos Colombianos".